

conal, besan el pié del Papa y dan principio á la Pasión según San Mateo. El *cronista* es un tenor; el que se llama la *criada ó ancilla* un contralto, el que representa á Jesucristo un bajo: el coro de los cantores pontificios canta las palabras que el sagrado texto refiere que pronunciaban las turbas.

Manda el rito que todos escuchen este canto en pié y con la palma en la mano. Así lo hizo tambien por largos años Pío IX, y ahora, más bien que faltar á lo prescrito por el ceremonial, se retira mientras dura la *Pasión*. En otro tiempo se cantaba no sólo en latín, sino también en griego, y cuéntase del Papa Paulo IV, que á pesar de contar ya más de ochenta años, permanecía todo el tiempo en pié y revestido de la pesadísima capa pluvial. Otro tanto quiso hacer Urbano VIII, pero el Domingo de Ramos 1º de Abril de 1635, no pudiendo resistir á la fatiga, cayó desmayado en los brazos de los Cardenales asistentes.

Acostumbrábase asimismo, el predicar un sermón después de la Pasión. Hace tiempo que se ha abolido este uso, y hoy, apenas terminada, el Padre Santo volvió á ocupar su puesto en el trono, continuó la misa con las solemnidades de costumbre que no es menester describir, y derramando de nuevo bendiciones sobre los centenares de millares que poblaban la inmensa Basílica, Pío IX tornó á sus habitaciones robusto, fuerte, lozano y majestuoso como nunca.

CAPÍTULO SÉTIMO.

Tinieblas.—Jueves Santo.—Comunión de mano del Padre Santo.—Procesión.—
Bendición solemne.—Lavatorio.—Cena.

Renombre universal tiene el *Miserere* que se canta en la capilla Pontificia el Miércoles, Jueves y Viernes Santo en las *Tinieblas*. Extasía á cuantos son conocedores del arte de la música, y es uno de los principales atractivos que hacen venir á los extranjeros desde las tierras más remotas. Se canta generalmente en la capilla Sixtina, pero este año tuvo lugar en la Basílica de San Pedro, como todas las funciones durante el Concilio. Dicen los que entienden de música que algo perdió de su mágico efecto en el colosal recinto del templo más vasto del orbe. A oídos profanos, como los míos, sonó celestial, divino, incomparable, y á mis ojos añadió majestad á la ceremonia de las *Tinieblas*, el que acudirían centenares de Obispos, y se cantarían sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

El Padre Santo sólo asistió el Viernes Santo: no es necesario describir las bien conocidas ceremonias de estos solemnes y excepcionales maitines, ni describir el efecto que produce en el ánimo cristiano la gradual extinción de las catorce velas amarillas del candelabro triangular. Éstas, como es bien sabido, representan á los Apóstoles y discípulos cuya fé vaciló durante la Pasión de Jesucristo. La vela blanca, que no se apaga, simboliza á la Virgen Santísima, en quien ardió siempre viva la llama de la Fé. Pero no sé por qué esta vez se apartaba mi mente de la significación ordinaria, y se empeñaba en darle otra más conforme con las circunstancias que nos rodean.

Esas velas que van extinguiéndose una tras de otra, que arden algunas pocos minutos, algunas una ó más horas, pero que al fin pierden

la luz, ¿no pueden representar, por acaso, á esos sucesores de los Apóstoles, esas sedes episcopales á quienes Jesucristo no hizo las mismas promesas que á la Sede Romana y al Sucesor de San Pedro? Antioquía, Constantinopla, Cantorbery . . . vuestra luz se extinguió, vaciló vuestra fé. Viena, París, Orleans, ¿quién os asegura que no se apagará también la vuestra? Pero la luz de Roma ha brillado y brillará siempre inextinguible. Esa blanca vela que domina á todas en lo más alto del candelabro, se oculta por un momento, pero es para reposar unos instantes tras del altar de la *Confesión de San Pedro*, sobre el sepulcro del primer Vicario de Jesucristo. De allí sale más resplandeciente que antes, y brilla con doble esplendor después de las tinieblas momentáneas que han oscurecido el sacro recinto. Así el infalible Pontífice: no se apaga un momento ni vacila su fé, porque haya algunos que duden de sus divinas prerrogativas, porque haya quien oscurezca un instante el majestuoso edificio de la Iglesia, arrojando sombras sobre la verdad siempre reconocida de su infalibilidad. Ahora se reposa un momento sobre la tumba de San Pedro; de allí saldrá más refulgente y más augusto, adornado con el brillante dogma que presto proclamarán los Padres del Vaticano; y así como ahora, terminado el *Miserere*, terminado el canto de angustia, todos hacen unánimes un gran rumor que llena la Basílica, así dentro de poco, la Iglesia toda de Jesucristo, resonará con los unánimes gritos de los augustos Padres del Concilio: «Quien negase al Vicario de Cristo la divina prerrogativa de su infalibilidad, sea mil veces anatematizado.»

El Jueves Santo no asistí á la misa cantada en San Pedro, no habiendo bajado el Sumo Pontífice sino cuando ésta hubo terminado. En cambio tuve una dicha de que muy pocos participaron, y que se negó aun á algunos Obispos que la pidieron. A las siete de la mañana me encontraba ya en las antecámaras del Vaticano, y á poco la Córte Pontificia, presidida por el Cardenal Antonelli, Prefecto de los Palacios Apostólicos, ocupaba sus puestos en los reclinatorios preparados al efecto en la capilla particular del Padre Santo. Pío IX, asistido por dos Obispos, con roquete y sobrepelliz, y por otros Prelados, celebró la misa rezada en nuestra presencia. Al llegar la hora de la comunión, el Cardenal Antonelli se puso la estola, atravesada, como Diácono que es, y se acercó al altar donde recibió la comunión de mano de Pío IX. Tras él se acercaron los demás dignatarios, y luego nos llegamos, según

nuestro rango, los miembros de la córte. Pío IX, después de darnos á besar el sagrado anillo, puso en nuestros labios, bajo las especies sacramentales, á Aquel á quien él representa sobre la tierra, augurándonos que ese Cuerpo Divino nos guarde para la vida eterna.

La comunión eucarística, distribuida á Obispos y sacerdotes el Jueves Santo por el Vicario de Cristo, tiene algo de excepcionalmente sublime, que en vano se buscará en otras comuniones. Desde la última Cena, hasta la consumación de los siglos, ha sido y será siempre el mismo el sagrado alimento distribuido á los cristianos, el mismo pan de los Ángeles, el mismo Cordero sin mancha que inmolado nunca muere, que sacrificado siempre vive; el mismo cuerpo adorable de nuestro Redentor Jesús. Pero en la última Cena, Jesucristo se dió con sus propias manos á sus discípulos, y á la vez que se sentaba á la mesa, reposaba en el plato; Juan se inclinaba sobre el seno de Jesús, y Jesús al propio tiempo entraba en el pecho de Juan. Esta escena jamás se volverá á repetir; pero si algo se le asemeja más á lo vivo, es cuando en este día el Vicario de Jesús dá á Jesús Sacramentado á los sucesores de los Apóstoles, Evangelistas y discípulos del Salvador. Es un momento en que verdaderamente se goza. Todo inspira recogimiento, piedad, devoción. Yo confieso que esta tranquila fiesta es la que más satisfecho y más lleno me dejó en la Semana Santa que acaba de trascurrir.

A la hora citada estábamos de nuevo en la antecámara, y apenas el primer maestro de ceremonias anunció que la misa solemne había terminado en San Pedro, cuando el Padre Santo bajó de sus habitaciones á la Basílica, seguido de la Córte. Sin dilación se organizó la procesión prescrita por el ceremonial, y Pío IX bajo el palio, cuyas astas sostenían ocho Obispos con capa pluvial y mitra en mano (entre ellos nuestro paisano el Illmo. Sr. Ormaechea), llevó á pié el Augustísimo Sacramento, del altar mayor á la capilla de los Canónigos de San Pedro, donde quedó depositado en el Santo Sepulcro, adornado con la sencillez que aquí se acostumbra.

De nuevo se organizó la procesión, y Pío IX, con mitra y pluvial, sobre la *sedía gestatoria* y haciéndole sombra los abanicos, fué llevado bajo el palio por el pórtico, la escalera y Sala Regia, al balcón de donde había de dar la bendición. La guarnición estaba sobre las armas, y una innumerable multitud cubría la inmensa plaza de San Pedro. Y sin embargo, como esta bendición es tan sólo á la ciudad, *Urbi*, y no á todo el

mundo *Urbi et Orbi*, como la del día de Pascua, la multitud que acude á recibirla no es quizá ni la mitad de la turba que se apiña para participar de aquella. ¡Oh! Si ahora es tan compacta esa muchedumbre, ¿qué será el domingo? ¡Qué silencio reina cuando Pío IX alza la voz y pronuncia las sagradas palabras! ¡Con qué devoción se arrodillan los fieles y se inclinan los Obispos á recibir la solemne bendición! Caiga, caiga sobre esta Eterna Ciudad, sobre este pueblo fiel, sobre esta raza predestinada. Caiga sobre los habitantes de la nueva Jerusalén, sobre las colinas de la moderna Sión, sobre los muros de esta Roma, que en vano asaltan los impíos, que en vano quieren demoler los incrédulos. Caiga sobre esta Roma, señora siempre del mundo, reina, madre y maestra de todas las ciudades que se elevan orgullosas sobre la tierra.

Terminada la bendición se retiró Pío IX con su séquito inmediato á la sacristía de la Capilla Sixtina, á dar lugar á que bajaran los Cardenales, Obispos y Prelados á la Basílica, antes de principiar el Lavatorio. Y aquí sucedió una escena graciosa en medio de la seriedad de tan imponentes ceremonias. Aunque en el ceremonial que se distribuyó al efecto, se trazó perfecta y exactamente á los Obispos el itinerario y rumbo que habian de seguir por los corredores, galerías, salas y escaleras, para que pasaran, sin estorbar, de un punto á otro, algunos Obispos, nada prácticos en ese inmenso laberinto, juzgaron más seguro seguir á la comitiva papal, y aquí fué Troya. Tras esos Obispos corrieron otros, y otros, por fin, todos; y tras ellos los soberanos destronados con su séquito y el cuerpo diplomático. Como se habia calculado el paso para una pequeña comitiva, se escogieron al efecto corredores y escaleras angostas, de tal manera que tardó casi una hora en desfilarse por ellas la inmensa multitud de Pastores, que esta vez se asemejaba mas bien á ovejas descarriadas. El Capitán de la guardia suiza corria desesperado, ó más bien, se arrastraba de un lado á otro, pudiendo con dificultad moverse bajo su pesada armadura de bruñido acero: los maestros de ceremonias se impacientaban. Pío IX sonreía. Al fin, después de tanto esperar se despejó el pasillo, y pudimos penetrar en la Basílica, donde ya aguardaban, con sus blancas vestiduras y largos bonetes del mismo color, los sacerdotes destinados á representar á los Apóstoles en la imponente ceremonia del Lavatorio: entre ellos figuraba un negro color de ébano.

El Cardenal Borromeo cantó el Evangelio, y luego, ciñéndose Pío IX

la toalla, empezó á lavar y besar los piés á aquellos afortunados sacerdotes. A vuestra consideración lo dejo, lectores. ¡La grandeza mayor de la tierra ejerciendo el acto mayor de humildad! . . .

En seguida subieron los apóstoles á la sala, en que según costumbre, estaba preparada para ellos una abundante comida, en que habia de servirles el mismo Papa Rey, el Vicario de Cristo. Hasta en las menores cosas, y en los puntos más insignificantes parece que el Pontífice Romano es la piedra, el dique contra el cual vienen á estrellarse todas las supersticiones. Bien sabida es la terrible preocupación que existe contra el número 13, y que en una mesa de buena sociedad jamás se sientan trece convidados, porque, según la ridícula creencia de la civilización moderna, es número de mal agüero, y uno de los convidados morirá de seguro antes de un año. Pues bien, el Papa lava los piés, y sirve la mesa, no á doce sacerdotes, sino á trece; y esto sucede cada año, y nada siniestro ocurre á causa de tal práctica, y lejos de temerse el mal agüero, todos se disputan el honor de ser del número privilegiado de los trece.

¿Y por qué esta práctica, cuando doce fueron los apóstoles en el Cenáculo? Diversas son las opiniones de los críticos sobre esta antiquísima costumbre de la Iglesia Romana, pero esta es la más generalmente admitida. El Papa San Gregorio Magno, una vez que, según su costumbre cotidiana, daba de comer á doce pobres en su casa paterna sobre el monte Celio, encontró con sorpresa que trece eran los convidados en vez de doce. ¡Un ángel se habia añadido á los huéspedes del grande y santo Pontífice! Desde entonces en conmemoración del milagro, se introdujo este número en el Lavatorio y en la cena.

Sirvió Pío IX los dos primeros platos; dos veces llenó de vino y agua el vaso de cada uno de los apóstoles, y luego se reriró con su séquito, derramando, como siempre, bendiciones sobre el inmenso concurso.